

1.—Nada de diatribas virulentas. Escucha los argumentos de nuestro contradictor, expones después los vuestros que os parecen serios, calidos y reflexivos. No os repitáis, y sobre todo no hagáis a la violencia de la conversación o de la discusión el sacrificio de la más mínima sinceridad.

2.—Estudid con discernimiento y perseverancia, y persuadid bien de que el entusiasmo por la causa, saber morir por el ideal no basta. Todos pueden consagrarse al sacrificio, pero pocos son los que saben vivir para ejemplo y enseñanza de los compañeros. El revolucionario verdaderamente consciente no es solamente un hombre de sentimiento, es también un hombre de razón, que sabe fundar sus esfuerzos que desarrolla en pro de la justicia y de la solidaridad social sobre conocimientos exactos y científicos de historia, de sociología y de biología; que sabe, por así decirlo, engastar sus ideas persuasivas en el conjunto genérico de los conocimientos humanos y afrontar la lucha sostenida por la inmensa fuerza que le presta una ciencia profunda y evidente.

3.—Huid de especialidades mezquinamente en una patria o en un partido; no sedís ni raras, ni pobres, ni estorvos; sed hombres, estadistas de la ciudad, de criterio puro y desinteresado, ajenos a toda particular especialidad, tanto en el campo como en el campo, puesto que en el fondo toda patria acaba adhiriendo al extranjero y se con-

vierte en enemigo de la causa de la justicia que abrazó en su primer impulso del entusiasmo.

A.—Ni años, ni jefes, ni apóstoles de los cuales se recogen con veneración las palabras; nada de idolatrías ni de ídolos. En las palabras del amigo más querido y estimado no busquéis más que la verdad pura, y si en el fondo de vuestro ánimo os queda la más leve duda, reconoced el examen de vuestra conciencia y de vuestro juicio.

Pero si repudiáis todo eso, si sabéis al canzar el más alto respeto hacia todos los que posean convicciones sinceras, siguiendo vuestro camino de la vida y de la libertad de espíritu, el suyo.

Si elegís obrar para ejemplo y enseñanza, defendiendo a los humildes, a los pobres, a los oprimidos, sea en buena hora, compañeros, afrontad noblemente la muerte.

Si preferís el trabajo lento y paciente de todos los días, tanto mejor; haced vuestro trabajo dedicándole todos los instantes de vuestra vida generosa.

Si elegís obrar para ejemplo y enseñanza de los demás, con una solidaridad constante de esfuerzos con los oprimidos, mejor todavía; que nuestra existencia se irradie con luz vivificante y resplandezca por muchos años.

Esta he festejado con pompa su sangrienta victoria sobre los proletarios de Cronstadt y el 18 de marzo honraba la memoria de la Commune de París, sin comprender la brutal contradicción. Porque la masacre del proletariado de Cronstadt es un delito mil veces más inominoso que el de la burguesía de 1871, porque este terrible delito fue cometido en nombre de la Revolución socialista.

Ahora, a los nombres siniestros de Thiers y de Gallifet, pueden ser ya añadidos los de Zinovieff, Trotzki, Digneu y Touganchevski.

Así, sobre el altar de la dictadura del Partido Comunista, sobre el altar de la mentira gigantesca que siempre siempre más la confusión en el universo, se ha sacrificado, no solamente la libertad y la vida de los productores, sino también el ideal socialista y los destinos de la Revolución.

Bakounine ha escrito otras veces: "Toda la potencia del zar se basa sobre la mentira interna y externa: sobre un sistema de mentiras tan colosal y tan artísticamente establecido, que tal vez la historia no conoce igual". Tal sistema existe ahora, y él está representado por el partido bolchevique ruso.

El proletariado revolucionario mundial debe comprender bien en qué situación se encuentra la Rusia revolucionaria. El debe sucedir y derribar las murallas erigidas por la dictadura del proletariado entre él—groseramente engañado por las afirmaciones mentirosas del Poder bolchevique y por los dilirios entusiastas de los parásitos internacionales del Partido Comunista—y el proletariado ruso, despojado y masacrado.

El proletariado internacional debe oír la voz de los revolucionarios libres, de aquellos que han hecho realmente la Revolución: toda la obra de la Revolución: de aquellos, en fin, que la han identificado con la dignidad y la libertad humana.

En la Revolución Social Mundial el proletariado estará obligado a escoger una vía diversa de esa sobre la que se han encaminado los bolcheviques. La vía del bolchevismo es la de la creación de nuevas clases, del Capitalismo de Estado, el cual no puede ser considerado como un paso gradual hacia la sociedad libre.

El Estado socialista no es, y no puede ser, una etapa hacia el comunismo anti-estatal, porque mediante su absoluta centralización económica y política, y mediante la estallización burocrática de toda la actividad humana, desorganiza y destruye todos los resortes de vida nueva, y destruye los estímulos mismos de la creación.

Es precisamente la dictadura del Partido Comunista, la que, actualmente, es el mayor freno al desarrollo y el abundamiento de la Revolución. La lucha de las masas dominadas y oprimidas, pasa forzosamente fuera de la esfera de influencia del Estado. La lucha contra la opresión política, social y económica, contra la opresión de éste o aquel sistema y del mismo Estado, es al mismo tiempo la lucha por la liquidación del Estado. Porque toda forma de Poder es incompatible con el espíritu creador revolucionario.

En el curso de toda Revolución se presenta inevitablemente el punto crítico en que es preciso escoger entre un régimen autoritario, acompañado por la liquidación y el consiguiente estancamiento, y un régimen de horizontes sin límites, en el que puedan desarrollarse todas las iniciativas.

No es, no, el Poder, sino la construcción coordinada, noble, mediante las mismas masas organizadas, lo que es necesario para la construcción de un nuevo régimen.

No es el "Estado proletario y campesino" y sus instituciones políticas, las que nos conducen a la liquidación de la crisis de la actual "civilización" y hacia el comunismo libre, sino serán las masas productoras, los proletarios, los campesinos y los intelectuales revolucionarios unidos para la demolición y organizados para la producción y el cambio.

Y cuando la fina red de las Uniones productoras federadas—existentes no por los órdenes ni en los cuadros de la Autoridad Central, sino nacidas de la vida misma—enbrará el país, entonces la Revolución Social se afianzará sobre sólidas e inmovilizables bases; y es solamente una tal unión que nos dará hombres nuevos al mismo tiempo que ella será el fundamento de la sociedad comunista libertaria.

Sólo entonces serán definitivamente aclarados todos los restos de la antigua cultura burguesa, y serán destruidas en la mentalidad del hombre sus diversas huellas.

El proletariado universal debe escuchar la voz anarquista que llega a él desde lugares secretos y de las prisiones políticas.

El proletariado mundial debe comprender la gran tragedia que viven los obreros y los campesinos, los cuales por sí solos han hecho la Gran Revolución y que ahora han sido presos y liquidados en la morsa de hierro del Estado, pseudo obrero y campesino.

El, antes que sea demasiado tarde, debe disipar el miraje con el que los bolcheviques lo confunden: de otro modo, la Rusia revo-

lucionaria—foco posible de la Revolución Social Mundial—se convertirá siempre más en un país como todos los otros, después de haber, con los pobres métodos, hecho encallar una Revolución y se convertirá en el centro de la reacción mundial.

Moscú, 7, 1921.

Alejandro Bergmann — Em- ma Goldmann. — A. Schapiro.

(1) Esta carta—según "L'Avvenire Anárquico"—fue firmada por A. Bergmann, E. Goldmann, A. Schapiro, Asearoff, Sandonici y otros autorizados compañeros rusos.

tornáronse en perseguidores, y de victimas en verdugos. Es el caso, repetido secularmente, de cuantos se dijeron a conspirar y a hacer revoluciones de "quitate-tú para ponerme yo", y que acabaron siempre por dar, desde el poder, una vez logrado, los mismos excesos que les tocó padecer propia carne.

No es este el caso, también, de los gobiernos rusos? Ellos también, trajeron el papel de víctimas por el de victimarios, y se dan a la tarea de perseguir toda saña, como bien ilustra el trabajo sobre la insurrección de Cronstadt que publicamos en este número, a los que rompieron el hitite por ellos señalado, quieren continuar, impulsados por la vida que no se tiene, la obra de la revolución por ellos flocada.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

El 17 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El 17 de marzo de 1921 el Partido Comunista de la Rusia revolucionaria, despojado y masacrado, se opuso a esta resolución, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

El 17 de marzo de 1921 el Partido Comunista de la Rusia revolucionaria, despojado y masacrado, se opuso a esta resolución, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Cronstadt: 1-17 de Marzo de 1921

Iniciación de la Tercera Revolución de los Trabajadores

La política interna del Partido Comunista desde el principio siendo a la eliminación radical de las corrientes de la oposición para consolidar sobre sólidas bases el Poder de los Comisarios. No obstante, la oposición crece, se extiende, aumenta y se manifiesta en protestas, huelgas, revueltas e insurrecciones que ponen en peligro, a cada tanto, el Poder mismo, el que, entonces, hace concesiones. Y allí donde las concesiones no colman a los que reclaman pan y libertad, intervienen la fuerza de las bayonetas mientras la prensa oficial difama a los masacrados, tratándolos de contrarrevolucionarios.

La historia de estos últimos tiempos ilustra trágicamente nuestras afirmaciones. Nos otros queremos hablar de los hechos de Cronstadt. El delito más grande, el más monstruoso de que pudiera mancharse nunca cualquier dictadura de partido. Delito ante los proletarios, ante el socialismo, ante la Revolución. Delito agravado por las mentiras difundidas por todo el universo. El historiador futuro escribirá los pormenores de este delito, del que no podemos decir nosotros más que pocas palabras.

En el mes de febrero de 1921, cuatro fábricas de Petrogrado se pusieron en huelga. El invierno se desenvolvía en condiciones durísimas, acompañado por el frío y por el hambre. Los obreros pedían un poco más de pan y de calzado. Algunos pedían también la convocación de la Constituyente y la libertad de comercio.

Contra estos huelguistas se envió a los señores oficiales, los jóvenes comunistas, los junker rojos, los más devotos al gobierno bolchevique.

Los marineros de Cronstadt, habiéndose enterado de estos acontecimientos, se declararon solidarios con todos los que formularon demandas de carácter revolucionario y económico, pero SE PRONUNCIARON CONTRA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE Y LA LIBERTAD DE COMERCIO.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

Ocultando la verdad, Zinovieff ordena al Sujeto de Petrogrado la autorización para mandar a los marineros un "ultimatum" de rendimiento a discreción, bajo pena, en caso contrario, de exterminio.

Un grupo revolucionario de Petrogrado, constatando el carácter criminal de este ultimatum, escribió una carta firmada, en la cual señalaba el fin peligroso de semejante procedimiento brutal e insistía sobre la posibilidad de resolver pacíficamente tal conflicto. La carta decía: "Las demandas de los marineros son clarísimas y no admiten ningún equívoco; los marineros se declaran contra la convocación de una Asamblea Constituyente y el restablecimiento de la libertad de comercio y piden, como afirman en su diario, ellos no pueden soportar más el despotismo del Partido Comunista, y reclaman la posibilidad de discutir libremente sus intereses, como también la transferencia a los Soviets de toda la organización de la vida y económica.

"El uso de la fuerza armada contra ellos sería no solamente un error, sino un gran delito."

Esta carta (1) no tuvo ningún resultado práctico. Muchos comunistas comprendieron la perversa maniobra de Zinovieff, su provocación respecto a los marineros de Cronstadt, pero reducidos a la esclavitud de la disciplina, corrompidos por la moral maquiavélica del Partido Comunista, fueron obligados a obedecer en silencio y a participar en el gran delito.

El 7 de marzo las autoridades de Petrogrado hicieron abrir el fuego contra Cronstadt, y el 17 del mismo mes, mediante un plebiscito general, en el cual brillaban la traición y la ferocidad, y en el que millones de vidas jóvenes fueron estúpidamente sacrificadas (el 30 por ciento de los junker rojos), Cronstadt—fue tomada—y el complot blanco reprimido.

El 1º de marzo, los marineros tuvieron una asamblea en Cronstadt, a la cual asistieron Kálenine, presidente del Comité Central Pan-ruso, y Kinsin, comisario de la Flota del Báltico. En esta asamblea fue aceptada por unanimidad, menos dos votos, una resolución pidiendo: 1.—la libertad de prensa y de palabra para los partidos revolucionarios, (socialistas revolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, sindicalistas y anarquistas); 2.—la liberación de todos los detenidos políticos y de los obreros huelguistas arrestados; 3.—la elección de los soviets por escrutinio secreto y la libertad de la campaña electoral; 4.—la libertad para los campesinos de disponer de la tierra y de sus productos sin recurrir al trabajo asalariado.

El gobierno respondió a esta resolución con el orden de transportar fuera de Cronstadt los viveres y las municiones. Los marineros se opusieron a ellos, cerraron las puertas de la ciudad, y se apoderaron de algunos comisionarios agresivos.

Las autoridades de Petrogrado, apenas supieron de la Revolución de los marineros de Cronstadt, iniciaron una intensa campaña de mentiras.

Por toda Rusia, por Europa y por el mundo entero, fué lanzada y difundida la noticia de un nuevo complot blanco, de un movimiento contrarrevolucionario, malgrado las

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

relaciones cotidianas del presidente de los Soviets de Cronstadt dirigidas a Zinovieff, anunciadoras de que en la fortaleza reinaba la calma.

de la gente del ordenables que estos dos demot de la sociedad. Los verdades y asesinos de South Brain tranquilos, y continuar en de rampa y de asesinos p cantidad de las leyes y de la y de la insipiente de la gillada en la sangre de los más peligrosos.

El fin de Kálenine (Katzmann), representad de Estado, es de no los culpables del nefasto de Brantree, y ya que los en la red del "Cram" opados entre sus parras, no cuando la gloria de heri finas predestinadas, a través vulgar, la idea terrible que adición la sociedad de los p coadores, en nombre del

Este hecho, que hoy es verdo intuido en seguida por el ra. Fué por esto que los non y Vanzetti se convirtieron

Mark Mratelmi, anarquista ente libertado de las prisione pulsado, en una larga carta bertaire de París, expres s haber dejado en las prisio merosos y excelentes canar

He aquí algunos de quienes

OLGA TARATU

Pequeña anciana de ojos adores, conocida desde ineco en los círculos anarquis 96 era ya uno de los s áctos de la Federación de los comunistas de la Rusia del Su

El mismo año fué condenada a la pena de muerte por el delito de terrorismo que tenía much de Emilio Henri, a 18 años de edad.

Muy pronto se evadió auzada y partió para el extra experimento de Olga no se la inacción forzosa en la cun a los militantes proscritos. Rusia ilegalmente y continuó a el Zórisimo como contra t

En 1908 fué de nuevo apris fué condenada a 26 años de abos. Arrestada a sus amigos en los presidios de Kic de 1917.

Es ahora la prisionera del gta por haber colaborado en la libertaria hecha en Ukran

ARON BARON

Milares de campesinos de Ucrania y de Rusia, con sus agrupaciones revolucionarias, reestudian sin duda a est bajo, grueso, cabalgando grandes anteojos, con los cejas de Bakounine, Kropot May joven, fué deportado. En Julio de 1919, Aron Barón conigo en Moscú, do separamos de la convocación anarquista pan-ruso. En O no año, Barón fué arrestado y pasó algún tiempo en prisio nes terribles. Día y noche d un mes, una lámpara eléctrica bida en un celda, que era de una sociedad repugnantes. poder más, Bar